

El profesor Mayer dirigirá la IX Sinfonía Coral de Beethoven

Elite, 1950-03-04.

El gran acontecimiento musical tendrá lugar a fines del presente mes. La interpretación estará a cargo de la Orquesta Sinfónica y un coro de 160 voces. El Coro Vasco PIZKUNDE contribuirá con 60 voces. Un ensayo. El maestro Gárate y el Coro PIZKUNDE. El profesor Mayer.

Los preparativos, los ensayos, son siempre interesantes para el que quiere juzgar después de la obra cumplida. Para los actores vale decir que los éxitos se obtienen en las labores preliminares y al ofrecer la obra a la pública consideración no se obtienen sino confirmaciones. Para el espectador representan los ensayos algo así como la lección que se obtiene destripando un mecanismo para maravillarse mejor de la técnica de su funcionamiento.

Supimos que el profesor Mayer iba a asistir a un ensayo de canto en el Centro Vasco y quisimos aprovechar la oportunidad de traerlo a estas páginas unido a la experiencia de observar la forma en que esas voces de distintos timbres y matices se aúnan después para ofrecer el armonioso conjunto que entrega en un haz maravilloso de colores todo el sentimiento de los motivos musicales.

El Maestro Gárate y el Coro "Pizkunde"

El coro de cincuenta voces que se ha reunido en los locales de Balconcito a Truco para este ensayo anda disperso en grupos que hablan en distintos tonos cuando nosotros llegamos y al que lleva en el magín la idea de un grupo orfeónico se le hace difícil comprender cómo pueden armonizarse voces tan dispares en un conjunto que resulte un regalo para el oído.

De los que asisten a este ensayo no todos son cantores; algunos han ido a escuchar, otros son habituales en esa hora en que se han abandonado las faenas diarias para reunirse con los amigos en el hogar vasco, pero todos parecen participar de esa educación musical que se requiere para apreciar la belleza de una melodía si nos guiamos por la expresión de respeto y atención con que se guarda silencio y se escucha en cuanto el coro inicia los primeros compases de un "zortziko", la composición en compás de cinco por ocho tan característica de la música vasca.

Los componentes del coro se han reunido ordenadamente en grupos de cuerdas, con la naturalidad que presta el hábito, formando detrás de un semicírculo que tiene por centro un pedestal que ahora ocupa el maestro Gárate. Los cantantes reparten su atención y sus miradas entre sus papeles y el director, ese hombre que se reparte entre todos como si a cada uno estuviera debiendo un círculo, una parábola o una vertical,

repartiendo figuras geométricas que si quedaran dibujadas en el aire le esconderían de sus discípulos en cuanto ordenara los primeros compases.

Alguien puede pensar que dirigir un orfeón requiere música, ¡claro!, necesita conocer la técnica de emplear esos conocimientos para hacer servir de ellos a quienes cantan, ¡también es claro!, pero acaso no se hará la idea de que además se necesita agilidad y una fortaleza física poco comunes para realizar todos esos movimientos que el maestro Gárate cumple con singular presteza.

Este hombre de regular estatura y de grosor más que mediano, sorprende a uno con todas esas habilidades físicas que dejan de observarse en él cuando se le trata fuera de su trabajo.

– Usted tiene "ésto" muy grande –le dice el Profesor Mayer en uno de los descansos, señalando con el dedo el pecho a la altura del corazón. Y algo debe haber allí dentro que empieza a funcionar con fuerza en cuanto suenan los primeros acordes. Todo es simultáneo, todo se moviliza a la vez, al conjuro de la intención con que Gárate marca caminos a las distintas voces que irán a encontrarse en esos sutiles derroteros de la armonía, donde parece abstraerse el Profesor Mayer, sentado en un ángulo que ha debido recomendarle la acústica, con la atención de profesional puesta en los movimientos del director.

Los lentes del Maestro Gárate parecen guardar ese difícil equilibrio de los cuerpos que tienen por base terreno muy movedizo y cabalgando un poco descuidados sobre el dorso de su nariz, responden al propósito de prescindir de sus cristales cuando en determinados momentos surge la mirada por encima, para fijarla en los cantores, aunque necesite de su concurso para fijarse de vez en cuando en el papel.

Los brazos cortos del director quieren abarcar todo y aquellos estirones que marcan una entrada parecen que tienen que chasquear como un látigo en el aire, quedando en el camino como lamentándose de no poder continuar el camino de su intención. Pero no hay tiempo para lamentarse, porque esos mismos brazos tienen que moverse con igual vigor en otras direcciones y a uno le hacen pensar que si no van más lejos es porque no tendrían tiempo para volver a otro lugar en cuanto se les exigiera.

Sería muy interesante captar la gama completa de expresiones que ofrece la faz del Maestro Gárate durante su trabajo en una secuencia. De un pianísimo a un fortísimo caben el más variado y expresivo número de gestos que responden a las sensaciones de este artista. El canta, sisea, hace la boca cerrada, marca todas las voces con sorprendente capacidad para alcanzar el de una tiple en falsete, hasta el bajo más profundo.

Los movimientos del director responden a reflejos que podríamos llamar musicales. Las excitaciones en esa sensibilidad de artista crean todos esos movimientos que surgen al exterior para dar forma y relieve a sensaciones que escapan al filtro de la conciencia.

El cantante necesita de toda esa escena para despertar su propia sensibilidad y parece hipnotizado, pendiente de sus movimientos, como si ellos hicieran vibrar sus cuerdas vocales. Aún cuando su atención parezca fijada en el papel, siempre queda despierta la facultad, mitad óptica, mitad intuitiva de seguir los movimientos y los gestos del director, como si se dejaran arrastrar por la sutil ligadura del hilo que ordena los tiempos y manda en las fuentes del volumen.

El Profesor Mayer

Cuando el Maestro Gárate abandona definitivamente su pedestal, le espera la más grata de las recompensas para un artista: la felicitación efusiva y sincera de otro cuya autoridad tiene merecido prestigio en Europa y América.

– Maravilloso, magnífico –le dice el Profesor Mayer, abrazándole con este tono gutural que, aún hablando buen español, queda del alemán. Y Mayer, este gran artista, que durante la audición no tuvo para Nenchew un gesto, un movimiento con que dar ocasión a presentar una secuencia en estas páginas, se desborda en entusiasmo y a la felicitación efusiva al Maestro Gárate une otra elocuente y muy sentida que hace al coro por su brillante actuación.

– Esa cara es de piedra. –Me decía Nenchew, defraudado en su empeño de recoger las distintas expresiones del Profesor Mayer durante la audición.

Ahora, ese rostro que tiene más de espiritualidad francesa que de disciplina austriaca, pelo oscuro y chafado sobre su amplia frente como si fuera el de una peluca, de ojos grandes que se fijan con insistencia sobre las cosas, tiene la faz abierta en una sonrisa que hace desaparecer la línea que parte en dos su voluntariosa barbilla.

– Excelente la voz de la solista –comenta en aparte, después dirigiéndose a Gárate, el Profesor Mayer se refiere a Luke Altuna, la soprano que ha interpretado con singular acierto la canción de cuna "SEASKAN".

– Magnífico, también, el barítono que ha cantado el último solo. ¿Quiere presentármelo?

Mientras Gárate se apresura a complacer al Profesor, éste queda a nuestra merced.

– Dígame, Profesor, ¿es verdad que termina su contrato para la dirección de la Orquesta Sinfónica?

– El que me retuvo en Venezuela en octubre sí. De todas formas quiero antes presentar el acontecimiento musical que preparo en colaboración con algunos grupos corales de la capital, de los que uno es este magnífico orfeón vasco, que he querido escuchar hoy. Ellos han cantado antes en su país la *Sinfonía Coral*.

– ¿Labor ardua?

– Sí, lo es. La Novena Sinfonía de Beethoven es obra de grandes dificultades para el coro. Cuenta con períodos fuertes y exige a los cantantes emplearse a fondo en muchos pasajes de la obra. pero la magnífica colaboración de voces y voluntades que estoy recibiendo en el empeño me hacen concebir grandes esperanzas de éxito para esa gran velada, en la que por primera vez se ofrecerá esta interpretación en Caracas y con la que se inaugura el Municipal. El Profesor Mayer dirigirá personalmente la interpretación por coro y orquesta de la bellísima obra escrita por el compositor alemán. El gran acontecimiento musical tendrá por escenario el Teatro Municipal y se celebrará a fines del presente mes de marzo. La obra presenta una primera parte orquestal cuya interpretación correrá a cargo de la Orquesta Sinfónica de Venezuela y otra combinada con un grupo coral compuesto de los coros del Centro Venezolano-Americano, alumnos espontáneos y "PIZKUNDE".

– ¿Qué opina de la música venezolana, Profesor?

– Que vive la época de una gran evolución... dice buscando una forma de expresión adecuada. – Todo camina aquí a la velocidad de vértigo y la música va por buen camino. Tengo la medida de lo que se ha experimentado en el tiempo que estuve ausente antes de regresar en octubre último y puedo decir que me sorprendió mucho el avance realizado en tan escaso tiempo. Uno lo percibe mejor después de una ausencia. El que no ha abandonado el ambiente musical venezolano desde hace algún tiempo, no se da cuenta de este fenómeno. "Hay que ir y volver, para encontrarlo todo cambiado"... "Algo así como ha ocurrido con la Avenida Bolívar"...

El Maestro Gárate llega acompañado de Paulín Urresti, el barítono a quien quería conocer el Profesor Mayer.

– ¿Por qué no canta usted ópera? –le dice estrechándole la mano. Usted tiene una magnífica voz natural... Pronto tendrá usted oportunidad de hacerlo y tiene que hacerlo...

Al despedirnos del Profesor Mayer y su esposa, una gran aficionada a la música, le auguramos un gran éxito en su notable empeño.

– Confío en que así ha de ser –nos dice sonriente. –De todas formas vale la pena ensayarlo...